

Mario Bojórquez: La soledad y las sombras

Fernando Valverde

La soledad siempre acaba por ser el lugar en el que mejor se siente el poeta, como si fuera una constante necesaria, una condición imprescindible para los buenos poemas. Escribió el granadino Javier Egea que la poesía no es más que un «pequeño pueblo en armas contra la soledad». Se trata de una de las definiciones más hermosas que he leído sobre qué es la poesía. También Luis García Montero reconoce la soledad como uno de sus elementos fundamentales. «Dos soledades juntas», la define, en referencia a la del poeta y a la del lector, que de alguna forma se asimilan hasta no poder distinguirse para que produzca esa apropiación que hace de los poemas algo prodigioso.

Acabo de leer *El deseo postergado*, último libro del poeta mexicano Mario Bojórquez (Sinaloa, 1968), galardonado con el Premio de Poesía Aguascalientes, que viene a ser como el premio nacional de México, y me siento reconfortado. En los poemas de Bojórquez está esa soledad, puede verse, olerse, tocarse... y es algo que me ha motivado, porque después de lo que se denominó como Poesía de la experiencia, todos los intentos por encontrarla, al menos en España, fueron frustrados y en algunos casos incluso ridículos. Por fortuna, la poesía en español es mucho más que lo que se escribe en mi país. «Es una suerte pertenecer a una lengua colonialista», me aseguró no sin desprecio un poeta italiano hace

Mario Bojórquez: *El deseo postergado*. Editorial Lumen, México,/Barcelona, 2010.

unos meses. Yo pensé que sí, que era una suerte, porque la tradición poética se renueva y además no es una sola, y cuando uno se hunde en su provincianismo nacional un poeta de México o de Colombia puede abrir un camino, trazar una ruta. Esa lengua, que tal vez un día fue colonialista, hoy es una lengua de caminantes, en el sentido machadiano del término.

Publicado por Lumen, el libro arranca con poema titulado *Lápida* que es toda una declaración de intenciones. «Redacto estas palabras para mi inmolación / Las escribo para no olvidar cuán justo es el fiel que marca lo pesado / Y que no hay consuelo posible para aquel que dirige su tajo en cuello propio».

El poema concluye, soberbio, con un verso que confirma el pesimismo inicial y que traza el tono del libro, un tono melancólico, de derrota, incluso en algún momento de cierto hastío al estilo más Baudelaire, con cierta resignación pero también desprecio. «Quede aquí por lo pronto / El canto de alguien que no supo / Vivir como deseaba».

Exactamente es eso, como asegura Miguel Ángel Martínez. «El deseo postergado es el canto de un poeta que no supo vivir como deseaba». Es por tanto, la tensión entre la realidad y el deseo, que exploró Cernuda, y que es una variable universal, un vacío irrenunciable que traspasa la vida y se instala en la literatura. Ante eso, el canto es la mejor propuesta. Y Mario Bojórquez lo intuye, lo presiente, y se decide a cantar, en el sentido más noble de la palabra, y lo hace con una exactitud y una profundidad sólo posible cuando en el cuello se encuentra la «pesada llaga ya sin cuerda». Los once poemas que componen el canto son de una belleza profunda, verdadera, traspasando las apariencias. Porque la poesía de Bojórquez parte de la necesidad de decir, de la convicción de que la poesía es una forma de comunicación. Y por tanto no se permite el adorno por el adorno, el artificio estéril. Es directa y su complejidad, cuando aparece, lo hace en sus imágenes, de gran altura intelectual, pero no en el barroquismo insulso.

Y es que las palabras no sólo esconden significados, sino también ideología, incluso se transforman en símbolos capaces de transportar lo que nunca debían haber llevado en ellas. Esa conciencia, que aborda el lenguaje no con la precisión esmerada del orfebre, sino con la distancia que necesita un artista para distin-

guir los colores de la obra en la que trabaja, para pensar, para ordenar incluso el silencio... esa conciencia puede caber en una sombra. «Me llaman Sombra / en el tendido hueco del árbol que me acoge / Me dicen ese nombre porque nadie se atreve / A ver en mi costado la marca de los días / El costillar desnudo de lo que ya se fue / Y no vuelve». Y además de sombra, uno lleva su bruma cosida en el costado, la bruma de los días en los que uno era niño y recibía las sonrisas de todos. «No saben que tu ruina será que te quisieron», escribe con un dolor que sale del poema y agarra al lector, lo zarandea. «Nadie te dijo nunca / No no es posible / Nadie impidió tu sombra // Por eso en tu amargura / No comprendes la hostilidad del mundo / El revés de fortuna que labra tu miseria».

El libro se sigue adentrando en la pérdida, en el dolor del pasado, donde se han instalado los rostros de los que ya no están, las felicidades imposibles, que no son más que aquellas que ya han sucedido y que parecen haber dejado una huella parecida a una llaga. Mario Bojórquez tiene la habilidad, dolorosa, sin duda, de ahondar en esa llaga sin quedarse en la superficie, en el dolor de ahora, para ir a buscar el germen del dolor, el motivo primero, al que se refiere una y otra vez con imágenes infantiles en las que la despreocupación es tan constante como la creencia en el mundo, que se va volviendo más tenue, más improbable.

«Sólo eres hoy aquel que no querías», repite de nuevo en uno de los últimos poemas del libro. Y en ese momento uno ya ha tomado conciencia de que se trata del libro de un derrotado, y todos sabemos que es de las derrotas de donde se obtiene la mejor poesía. Mario Bojórquez, la sombra, el derrotado, es el mejor poeta mexicano de su generación. Desde 2005, este poeta que comienza a traspasar fronteras ha movido una nueva manera de entender la poesía en México, que de alguna forma se había orientado hacia el falso riesgo. Bojórquez ha defendido una poesía que reivindique sus valores fundamentales, como la fuerza emotiva o la recuperación del decoro. Su reivindicación poética ha polarizado la poesía mexicana en una pugna tan antigua como sincera, sacándola de un paréntesis de dudas del que sólo han logrado salvarse algunos grandes nombres y los poetas más mayores, que han sido como un faro en medio de la niebla. De un lado persisten

quienes defienden la necesidad de una mayor experimentación, del otro los que creen en el desbordamiento emotivo, como Mario Bojórquez, que seguramente ha preferido seguir el camino de José Emilio Pacheco o José Carlos Becerra, un camino inaugurado con honestidad y un gran respeto hacia la poesía, un camino apacible por el que vale la pena apostar. Así lo ha hecho saber en sus talleres en Ecuador, Estados Unidos o República Dominicana, donde ha defendido como un hecho constatable la muerte del neobarroco.

Bojórquez, que cuenta ya con una escuela de jóvenes poetas que siguen su discurso con admiración y militancia, nos va a dejar libros muy importantes. *El deseo postergado* y *El diván de Mouraria*, uno de sus trabajos anteriores, son una muy buena muestra de ello ©